



9 788491 813873

PVP A ISBN 978-84-9181-387-3 3403745

BIBLIOTECA DE AUTOR ●

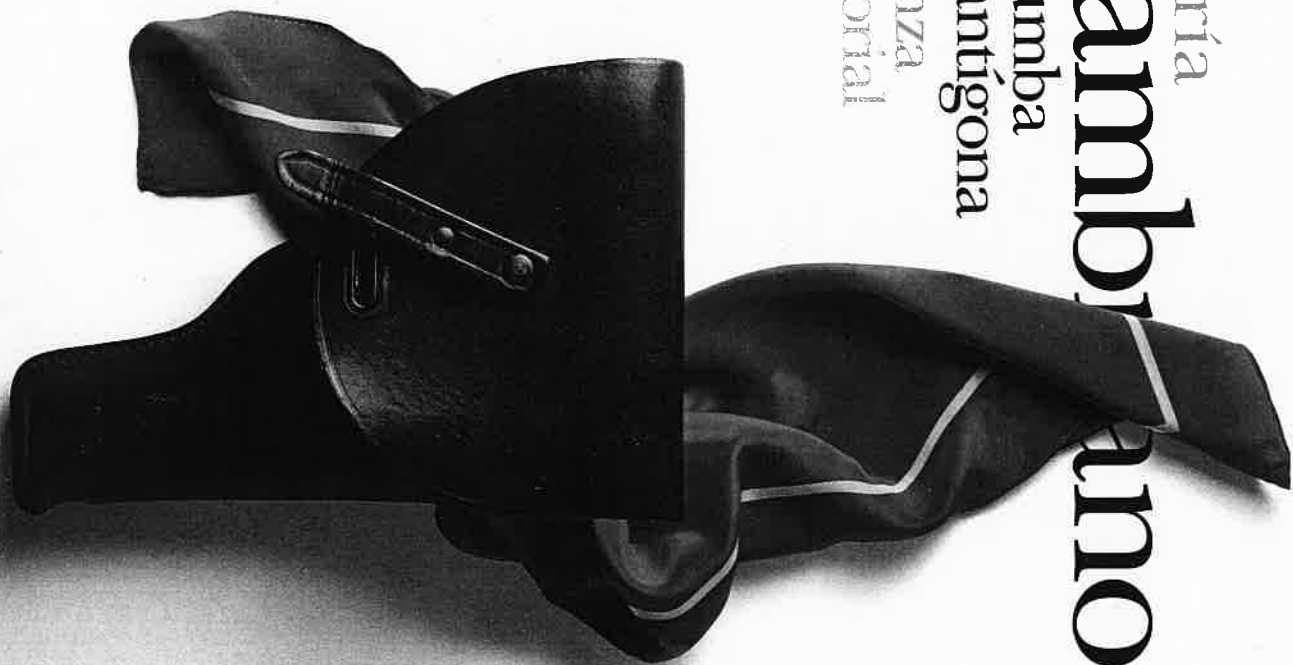


Símbolo incontestable de integridad moral y fuerza vital, Antígona es una de las figuras mitológicas más tratadas en la historia del pensamiento. A ella, escribía María Zambrano (1904-1991) en 1948, «no podemos dejar de oírta», pues «la tumba de Antígona es nuestra propia conciencia oscurecida». La pensadora nunca abandonó su interés por esta heroína, cuya trágica historia —narrada por Sófocles en la tragedia homónima— encierra numerosos asuntos que Zambrano trató con hondura a lo largo de su trayectoria intelectual: la estrecha línea fronteriza entre filosofía y literatura, el carácter social y político de la libertad, el uso y abuso del poder, el exilio o el protagonismo de lo femenino.

Introducción de
Marité Santiago Bolaños

Alianza editorial El libro de bolsillo

maría
Zambrano
la tumba
de antígona
alianza
editorial



Llega Hemón

HEMÓN

Héme aquí yo también. Mas veo que conmigo no cuenta nadie. Empezó mi padre por no contar conmigo al condenarte, Antígona, y ni siquiera tú misma, cuando te decidiste a todo, y tampoco ahora. Sí, ya sé que lloraste viniendo hacia aquí nuestras frustradas bodas. Pero no sé si sabes que yo soy, entre todos tus muertos, el único que ha muerto por ti, por tu amor. Los demás, éstos también, han ido a la muerte por otra cosa, por sus sueños o por sus principios, sin ver a la muchacha Antígona, a la que han devorado. Y yo te amaba a ti, a esa muchacha. No sé si me maté o si es que no pude seguir sin ti viviendo.

ANTÍGONA

¿Vienes, también tú, por tu parte?

HEMÓN
Vengo por ti, por ti toda entera, como hace el esposo.

ANTÍGONA
Como hace el esposo... Tengo que ser toda para el esposo. Pero es que yo toda, yo únicamente para el esposo...

HEMÓN
¿No eres, pues, una muchacha, una virgen que nace al mismo tiempo que su esposo, esposa de nacimiento?

ANTÍGONA
Yo soy, yo era una muchacha nacida para el amor de mi esposo a cuya casa iría saliendo de la de mi padre. Y me devoraron no ellos, sino la Piedad; soy yo la céniza de aquella muchacha. Me deshojé. Y ahora...

HEMÓN
Y ahora más blanca que nunca, luz de tu propia luz, ahora que naces, ven conmigo que estoy junto a ti desde el nacimiento; ven a nacer juntamente conmigo que me estoy todavía muriendo. Ellos son sólo muertos que vuelven para llevarte con los muertos.

ETÉOCLES
Eres tú quien nos quiere del todo muertos. Pero no es así, vivos estamos porque nuestra guerra no se acaba.

HEMÓN
Ah, ¿pero no estabais ya de acuerdo?

ETÉOCLES
Nunca, mientras él, ella, todos no se me sometan. Y tú también, si la quieres; pues que sólo yo puedo dártela. Ella misma lo ha dicho; tiene que ir a ti desde la casa del Padre.

POLINICES
Pero tú, hermano, tú que no quieres ser nuestro hermano, no eres por eso nuestro padre.

ANTÍGONA
¿Cuándo le daréis paz? Dejadlo ya, a nuestro padre. Se fue de aquí, él también vino y yo le escuché. Y desapareció llevándose consigo su sombra. No lo volveréis a ver ya más. Esa historia ya se ha acabado; por lo menos ésa, sí.

ETÉOCLES
Eso es lo que yo quise siempre. Tú dices las cosas mejor. Lo que yo quería, quiero, es que toda la historia se acabe y que comience la vida, la vida sin historia en la ciudad de los hermanos. Hemón: para ti hay lugar en ella, Hemón, ayúdame, deja esa historia del esposo y vente a ser nuestro hermano.

HEMÓN
Antígona, seré tu esposo-hermano, ¿no era eso lo que querías?

ETÉOCLES
¿Y yo, y yo? ¿Y tu hermana Ismene? ¿Estás cierta de que la historia se ha acabado ya? Mientras la haya, tú,

Antígona, serás su prisionera. Te rebelaste contra ella y mira dónde estás, cómo estás, condenada a vida. A mi lado habrías sido reina, más aún, consejera de mi poder. Si en tu demencia te queda un rayo de razón, estás a tiempo todavía, porque oigo que Creón se acerca; viene a buscarte. Déjalos a estos dos. Entra en razón. Yo estaré siempre con Creón, éstre o el que sea. Y tú, mujer al fin, serás mi delegada.

ANTÍGONA

Íos, dejadme sola. Ha de ser así. Yo iré, iré, cuando pueda, a reunirme con vosotros en esa ciudad que dice, hermano. Esposo mío; espera todavía, espérame.

Creón

ANTÍGONA

¿También tú, tampoco puedes pasarte sin venir a esta tumba?

CREÓN

No temas, Antígona. ¿No ves la puerta abierta?

ANTÍGONA

Será para ti. Yo no volveré a pasar nunca por esa puerta.

CREÓN

Como siempre, te adelantas: antes a mi justicia, ahora a mi clemencia. Vengo a sacarte de esta tumba. La muerte de mi hijo, precipitado como tú, me impidió sacarte de aquí a tiempo para que celebrarais vuestras nupcias. Yo quería sólo darte una lección.

ANTÍGONA

Ah... ¿No era la ley que yo bajara aquí para desvivirme a solas como un reptil entre las piedras?

CREÓN

Ya empiezas, Antígona; haces que se me olvide lo que venía a decirte. Sí; se me va de la cabeza. Pero mi decisión es mi decisión y la mantengo por encima de tus palabras. La puerta está ahí, mírala, abierta. Vamos Antígona. Ve delante de mí. Sube tú antes que yo, sube tú primero.

ANTÍGONA

He subido ya, aunque me encuentras aquí, tan abajo. Siempre estuvimos todos nosotros debajo de ti. Pues eres de esos que para estar arriba necesitan echar a los demás a lo más bajo, bajo tierra si no se dejan. Cófrmate con eso, Creón. ¿Qué otra cosa quieres?

CREÓN

Quiero. Ahora ya no sé lo que quiero. Lo que no quiero es oírte: que te vayas.

ANTÍGONA

Pues ya me estoy yendo.

CREÓN

Que te vayas de aquí, arriba, arriba.

ANTÍGONA

Arriba, arriba. ¿Tú sabes dónde es arriba?

CREÓN

La tierra de los vivos, y conmigo a lo alto, al poder. Pues que yo, como es justo, he de seguir reinando.

ANTÍGONA

Ya no pertenezco a tu reino.

CREÓN

Pues a otro reino, si no quieres estar en el mío.

ANTÍGONA

Estoy ya entrando en un reino. Voy ya de camino, estoy más allá de donde a un alma humana le es dado el volver.

CREÓN

No te obstines, Antígona. Quizá crees que ha pasado mucho tiempo. Pero no, mira, ¿no lo ves? El Sol no se ha puesto todavía, está ahí como ayer cuando bajaste. Sólo te ha faltado el Sol un día, sólo has dejado un día de verlo. Un día. Vamos Antígona, arriba, arriba.

ANTÍGONA

No.

CREÓN

¿Y qué diré a tu hermana que te espera?

ANTÍGONA

Dile, si te acuerdas bien, dile -no cambies mis palabras- que viva por mí, que viva lo que a mí me fue ne-

gado: que sea esposa, madre, amor. Que envejezca dulcemente, que muera cuando le llegue la hora. Que me sienta llegar con la violeta inmortal, en cada mes de abril, cuando las dos nacimos.

CREÓN

¿Y cómo yo voy a poder decirle todo eso? Eso son cosas tuyas.

ANTÍGONA

Y cómo voy a decir cosas no mías y a mi hermana, a lo único que de mí dejó en esa vida. Pero no es necesario que se lo digas. Y o sé que será así.

CREÓN

¿Y a los que te lloran, qué les diré? Creerán que no he cumplido mi palabra. Pero no, ya lo ven. Creerán que no quieres volver con ellos.

ANTÍGONA

Ay, Creón, en qué cosas te paras ahora. Me dejarán de llorar, y es bueno que me lloren algún tiempo; eso los lavará. A mí me ha cogido muchas veces la lluvia en el campo cuando iba con mi padre y no teníamos dónde guarecernos. Y era buena esa lluvia, era bueno, aunque duro, ir al descampado. Gracias al destierro conocimos la tierra.

CREÓN

No te puedo entender. Pero, óyeme, por última vez te lo digo.

112

ANTÍGONA

No.

CREÓN

Óyeme, niña. Antígona, óyeme. No te vayas así sin mirarme siquiera, como si no estuvieras ya aquí. Escúchame, Antígona. Soy el Primero que te invoca.

Dime: ¿Qué es lo que tengo que hacer? Te oiré, te, oh no, iba a decirte: te obedeceré. Y eso no es posible.

ANTÍGONA

A mí no hay que obedecerme. Sigue a quien yo sigo.

CREÓN

El Sol ya se ha ido, Antígona, tengo que irme. Antígona, tienes tiempo aún, mira, mira el Sol: se está yendo

ANTÍGONA

Ese Sol no es ya el mío. Sígueme tú.

113

Antígona

Podía haber cerrado la puerta; sabiendo como sabe, que yo ni la he de cerrar, ni la he de abrir; esa puerta de mi condena seguirá así, como la han dejado.

Pues que no es la condena, es la ley que la engendra, lo que mi alma rechaza. Pero veo que comienzo a hablar de mi alma.

Y él, claro, él venía a que colaborase con él, y que sea yo su cómplice por huir de la condena, y lo ayude a saltarse la ley sin cambiarla, claro.

Porque ha caído sobre él la desgracia y el oprobio. Y aún espera, sin saberlo, que si yo salgo de aquí todavía viva, su hijo, su hijo, vaya a resucitar. Mas no se resucita así a los muertos.

Venía a ascenderme. Eso. Por esa escala. Y yo no sé qué va a ser de mí, pero bien cierta estoy de que no es esa la escala de mi ascensión y de que nadie, ninguno de los que están ahí arriba, ni de los que por aquí han venido,

ávidos de seguir viviendo, me pueden resucitar, si es que al fin muero, o llevarme hacia la luz, ésa que nunca he visto, pero que siento según me voy volviendo ciega.

Oh Sol: estás todavía aquí como un reproche, como remordimiento que se arrastra, como una insidia. Ya sé que te veo por última vez, Sol de la Tierra, y que cuando te vayas, mis ojos, éstos de la tierra, dejarán de ver, pues que no se abrieron solos, tú los abriste como una herida. Esa herida de la luz en el rostro de los mortales. Sé que yéndote tú, Sol, se cerrarán estas llagas.

Y yo me quedaré aquí con una lámpara que se enciende en la oscuridad. Tendría que ir todavía más abajo y hundirme hasta el centro mismo de las tinieblas, que muchas han de ser para encenderme dentro de ellas. Pues que sólo me fio de esa luz que se enciende dentro de lo más oscuro y hace de ello un corazón. Allí donde nunca llegó la luz del Sol que nos alumbró. Sí; una luz sin ocaso en el centro de la eterna noche.

Aún luces, aún me hieres con tu reverberar; estoy todavía viva: veo, respiro y toco y, como nadie me llama, no sé si podría oír.

Pues que si el del poder hubiera bajado aquí de otro modo, como únicamente debía de haberse atrevido a venir, con la Ley Nueva, y aquí mismo hubiese reducido a cenizas la vieja ley, entonces sí, yo habría salido con él; a su lado, llevando la Ley Nueva en alto sobre mi cabeza. Entonces, sí. Pero él ni lo soñó siquiera, ni nadie allá arriba lo sueña.

Con sólo que él lo hubiera soñado, me tendría al lado suyo para vigilar su sueño para alimentarlo. Porque un sueño así consume y se consume, si no lo cuidan. La vida

está iluminada tan sólo por esos sueños como luz que alumbró desde adentro, que guía los pasos del hombre siempre errante sobre la Tierra. Como yo, en exilio y todos sin darse cuenta, fundando una ciudad y otra. Ninguna ciudad ha nacido como un árbol. Todas han sido fundadas por alguien que viene de lejos. Un rey quizá, un rey-mendigo arrojado de su patria y que ninguna otra patria quiere, como iba mi padre conducido por mis ojos que miraban y miraban sin descubrir la ciudad del destino, donde estaba nuestro hueco esperándonos. Y yo sabía ya, al entrar en una ciudad, por muy piadosos que fueran sus habitantes, por muy benévola la sonrisa de su rey, sabía yo bien que no nos darían la llave de nuestra casa. Nunca nadie se acercó diciéndonos «ésta es la llave de vuestra casa, no tenéis más que entrar». Hubo gentes que nos abrieron su puerta y nos sentaron a su mesa, y nos ofrecieron agasajo, y aún más. Éramos huéspedes, invitados. Ni siquiera fuimos acogidos en ninguna de ellas como lo que éramos, mendigos, náufragos que la tempestad arroja a una playa como un desecho, que es a la vez un tesoro. Nadie quiso saber qué íbamos pidiendo. Creían que íbamos pidiendo porque nos daban muchas cosas, nos colmaban de dones, nos cubrían, como para no vernos, con su generosidad. Pero nosotros no pedíamos eso, pedíamos que nos dejaran dar. Porque llevábamos algo que allí, allá, donde fuera, no tenían; algo que no tienen los habitantes de ninguna ciudad, los establecidos; algo que solamente tiene el que ha sido arrancado de raíz, el errante, el que se encuentra un día sin nada bajo el cielo y sin tierra; el que ha sentido el peso del cielo sin tierra que lo sostenga.

En nuestra casa crecemos como las plantas, como los árboles; nuestra niñez está allí, no se ha ido, pero se olvida. En nuestra casa, en nuestro jardín, no necesitamos tenerlo todo presente, todo el día, y nuestra alma toda en vilo, en vilo todo nuestro ser. No; en ella olvidamos, nos olvidamos. La patria, la casa propia es ante todo el lugar donde se puede olvidar. Porque no se pierde lo que se ha depositado en un rincón. Y basta que un día brille la claridad de una cierta manera para que algo que parecía para siempre borrado se presente, como saliendo del mar, purificado y pleno de vida. Y si es un pesar, se encuentra alivio, dejando en algún lugar apartado para ir a buscarlo cuando se tenga alma para soportarlo.

Porque los silencios de la casa y el rumor, ese zumbido de abejas que van y vienen, purifica y acompaña. Y ese tiempo inacabable y renaciente, como el Mar.

Así es la Patria, Mar que recoge el río de la muchedumbre. Esa muchedumbre en la que uno va sin marcharse, sin perderse, el pueblo, andando el mismo paso con los vivos, con los muertos. Y al salirse de ese mar, de ese río, solo entre cielo y tierra, hay que recogerse a sí mismo y cargar con el propio peso; hay que juntar toda la vida pasada que se vuelve presente y sostenerla en vilo para que no se arrastre. No hay que arrastrar el pasado, ni el ahora; el día que acaba de pasar hay que llevarlo hacia arriba, juntarlo con todos los demás, sostenerlo. Hay que subir siempre. Eso es el destierro, una cuesta, que sube siempre y, por ancho que sea el espacio a la vista, es siempre estrecha. Y hay que mirar, claro, a todas partes, atender a todo como un centinela en el último confín de la tierra conocida. Pero hay que tener el corazón en lo

alto, hay que izarlo para que no se hunda, para que no se nos vaya. Y para no ir uno, uno mismo, haciéndose pedazos.

Tú, Padre mío, no te hiciste pedazos por esos caminos. Te sostuve, te fui sacando de las cuevas donde te metías. Ibas siempre a hundirte en las entrañas de la tierra. Y yo no te dejaba ni siquiera entrar en algunas de esas bocas oscuras que se abren, en la tierra como las de una madre ávida. Íbamos andando a la claridad de las estrellas, hacia el alba, hacia el alba siempre. Hacia la aurora, Padre. Y una noche clara y sin estrellas, apareció una, una sola estrella en la bóveda del cielo, en medio. Entonces por primera vez vi un astro, ese Astro que el sol, la luna y las estrellas todas reflejan y encubren, el Astro al que todas las luces remiten, el Astro solo. Y después apareció como naciendo, reluciente y pálida, la Estrella de la Mañana, la mía. Pues que ni el Sol ni la Luna me han guiado apenas; sólo la Estrella. Y ahora está ahí, aquí. La puerta se quedó abierta para que entrara hasta aquí. Ahora, esta mi tumba ya está en medio del cielo y de la tierra.

Sin cerrar los ojos, la siento sobre mí, en mí, en medio del cielo y de la tierra señoreando la noche del mundo. Dondequiera que esté, ella es el centro; lo hace sentir y ver, lo establece. Y cerrando los ojos, la veo aún con mayor vida. Un rayo de vida que consume mis vidas todas: la vida que cayó sobre mí, la que surgía cuando me dejaban sola; las vidas que me tendían como una cinta, como un hilo, cada uno de mis hermanos. Pues que yo bien sabía que el uno me quería para que reinase a su lado, aunque se casara, y que el otro, al que yo más amaba, vendría un día a buscarme para irnos lejos a realizar algo hermo-

so y nunca visto, aunque se hubiera casado ya. Hemón, el novio, estaba siempre ahí, a la espera, ofreciéndome la vida, la vida que corre sin dificultad para todas las muchachas y que para mí estaba más allá, al otro lado de un torrente. Y él, desde la otra orilla, no podía ni siquiera llamarme, pues que sabía que no me era posible atravesarlo. Y a él, algo le impedía arrojarse a él, y atravesarlo, y llegar donde estaba yo, y volver a atravesar el torrente conmigo. Allí del otro lado estaban nuestra vida, nuestras bodas. Y yo me quería dar aliento diciéndome: «Antígona, tienes novio, estás prometida; celebrarás un día tus bodas». Pero luego se me desvanecía la imagen, y la vida prometida se me volvía a aparecer sin nombre y sin figura alguna, como un espacio claro. Como un horizonte y como una tierra diferente sin huellas de humanas plantas. La soñaba y entonces la veía. Desierta la sentía, como una llamada que me hacía ir obstinadamente hacia un punto invisible, por senderos que no llevan a ninguna parte. En sueños tenía siempre, para llegar a esa claridad prometida, que atravesar un dintel como ése; que subir tres escalones, como ésos. Pero me quedaba quieta como ahora. Otras veces tenía que atravesar de parte a parte una estancia muy clara llena de grandes vasos de vidrio muy diáfanos que apenas se veían. Y era obligado el pasar entre ellos sin quebrar ninguno, sin hacerlos temblar. Y así lo hacía. Nunca quebré ningún vaso, ni atravesé el umbral estando la puerta abierta. Siempre fue así, en mi sueño y en la realidad. Cuando pasé la raya para ir a lavar el cadáver de mi hermano, el cántaro tampoco se me rompió. Y a la tierra aquella donde mi hermano estaba, se podía ir, era tierra de ésta, de los hombres. No era la

tierra prometida, la que se extiende más allá de lo que alumbraba el Sol. La Tierra del Astro único, que se nos aparece sólo una vez. Y allí todo será como un solo pensamiento. Uno solo. En esta tierra que está bajo el Sol no es posible. Porque todo lo que desciende del Sol es doble: luz y sombra; día y noche; sueño y vigilia; hermanos que viven uno de la muerte del otro. Hermano y esposo que no pueden juntarse y ser uno solo. Amor dividido. Y no hay un lugar donde el corazón pueda ponerse entero. Y hay que irlo a buscar, porque se pierde. Y se cae también el corazón, y hay que alzarlo sin que descansa. No se le puede dejar al corazón que descansa, ni que se aduerma. No hay que permitir que nos deje, ni que se vaya en la noche por su cuenta. Hay que esconderlo a veces, eso sí. Y dejarlo que ayune para que reciba su secreto alimento.

Y seguirlo cuando la oscuridad lo envuelve, entrarle con él en lo más denso de las sombras, reducirse hasta llegar con él a la secreta cámara donde la luz se enciende. Ahora sí, ha de ser la hora ya. Ahora que está aquí la estrella.

Los desconocidos

DESCONOCIDO PRIMERO

Antígona, despiértate; aún es tiempo.

DESCONOCIDO SEGUNDO

¿Adónde quieres llevarla? La puerta ha estado y sigue estando abierta. De no ser así, tú no habrías entrado, pues que no eres de aquellos que se filtran por las paredes.

DESCONOCIDO PRIMERO

¿Y tú, tú?

DESCONOCIDO SEGUNDO

¿No me reconoces porque vengo de este modo? ¿Porque no me muestro y nadie ha gritado mi nombre? ¿No me has visto alguna vez? Suelo pasar muy de prisa, ando atarreado: me mandan, me piden.

DESCONOCIDO PRIMERO

Nunca te encontré por mis caminos. Veo que no eres un simple hombre como los demás, ni tampoco como yo. Pareces una aparición, una figura de esos sueños que luego nos acompañan. No sé quién eres. Mas si eres más que un hombre, has de saber a lo que vengo a este lugar. Todavía estamos a tiempo. Y yo vengo de otro modo, de un modo muy distinto al que han venido todos los que hasta aquí bajaron, todos los que se filtraron, como tú has dicho, por las paredes. Yo no puedo. Pero a cambio de esa imposibilidad puedo bajar a los pozos de la muerte y del gemido, y puedo subir; entro en el laberinto y salgo. Y siempre de estos lugares de encierro saco a alguien que gime y me lo llevo conmigo. Y lo pongo arriba en medio de las gentes, a que cuente su historia en voz alta. Porque los que claman han de ser oídos. Y vistos. Déjamelas. Porque veo que ya es tuya.

DESCONOCIDO SEGUNDO

No. No me pertenece a mí tampoco. Fue vuestra y la dejasteis sola. Apenas unos cuantos la siguieron hasta aquí cuando se lamentaba en voz alta, cuando clamaba. Y antes, cuando partió, niña sola guiando a su padre, el más desdichado de los hombres. Los dejasteis partir creyendo que con ello ya seríais dichosos y que la ciudad quedaba libre de culpa.

Entonces, en la desgracia, era vuestra, como vuestro era el padre en la culpa. Sois así. Rechazáis al inocente en su caída y luego os disputáis su tumba.

DESCONOCIDO PRIMERO

Pero yo, yo me acerco y aun bajo a las tumbas de otro modo. Ya te lo he dicho. Pero, escúchame.

DESCONOCIDO SEGUNDO

Te escucho.

DESCONOCIDO PRIMERO

No; no es así como tendrías que escucharme. Tendrías que darme aliento. Tendrías que darme la palabra.

DESCONOCIDO SEGUNDO

No sabes, entonces...

DESCONOCIDO PRIMERO

Poco sé, ahora. Porque he venido aquí en modo diferente a como he bajado a otros lugares como éste. Querría, quería llevarme viva, a ella, no a su sombra. Que conociera la vida antes de morir.

DESCONOCIDO SEGUNDO

No sabes quién es todavía. La amas desde cerca. Tienes que alejarte. Por esta vez te volverás solo. Tienes que esperarla.

DESCONOCIDO PRIMERO

¿Tengo que irme así? ¿Sin ella, sin acabar de entender tus palabras y sin que me escuches? Tengo tantas palabras aquí en el pecho, agolpándose en mi garganta.

DESCONOCIDO SEGUNDO

¿Temes por tus palabras? ¿Temes por Antígona? Por tus palabras no temas, pues que las tienes que dar todas; no son tuyas más que para darlas. Y por Antígona no penes ya más. Todo ha pasado ya para ella. ¿No la ves? Ha tocado esa parte de la vida de donde, aunque todavía se respire, no se puede ya volver. Mas nunca se irá, nunca se os irá del todo.

DESCONOCIDO PRIMERO

Hablas por enigmas. ¿Quieres decir que va a seguir aquí sola, hablando en alta voz, muerta hablando a viva voz para que todos la oigamos? ¿Es que va a tener vida, y voz?

DESCONOCIDO SEGUNDO

Sí; vida y voz tendrá mientras siga la historia.

DESCONOCIDO PRIMERO

Mientras haya hombres.

DESCONOCIDO SEGUNDO

Mientras haya hombres hablará sin descanso, como la ves ahora, en el confín de la vida con la muerte. ¿Has entendido?

DESCONOCIDO PRIMERO

Sí, no; no del todo. Vendré aquí, me acercaré por la noche para recoger su palabra en el silencio.

DESCONOCIDO SEGUNDO

No es eso; no será así. La oirás más claramente de lejos, aunque estés sumergido en otros asuntos. Pues que tú la oirás el primero. Y esas palabras que se aglomeran ahora en tu garganta, saldrán sin que lo notes. Su voz desatará tu lengua. Vete ahora.

DESCONOCIDO PRIMERO

No encuentro nada que decirte. Me voy con tu palabra.

DESCONOCIDO SEGUNDO

Antígona: ven, vamos, vamos.

ANTÍGONA

Ah, sí. ¿Dónde? ¿Adónde? Sí, Amor. Amor, tierra prometida.